



ocupaciones y á reconciliarlos con el gobierno francés; mas Francisco, al recobrar este ducado, no siguió el ejemplo de sus predecesores, no porque no fuera demasiado generoso para oprimir á su pueblo; pero la excesiva confianza que hacia de sus favoritos y su poca atención al proceder de aquellos en quienes ponía el ejercicio de su autoridad, los alentaron á arriesgar muchos actos de opresión.

Habia conferido el gobierno Milan á Oder de Foix, mariscal de Lautrec, hermano de Madame de Cateaubriand, oficial de consumada experiencia y de una reputación distinguida, pero altivo, imperioso, avaro, incapaz de escuchar un consejo y de sufrir contradicción. Su insolencia y exacciones enajenaron del todo el corazón de los Milanés: había desterrado á muchos de los principales ciudadanos y forzado á otros á marcharse voluntariamente por su propia seguridad. Del número de estos últimos era Jerónimo Moron, vice-canciller de Milan, célebre por su genio para la intriga y los proyectos en un siglo y en un país, en donde las facciones y revueltas frecuentes hacían nacer ó fecundaban los talentos de este género por las muchas ocasiones de usarlo. Moron se había retirado á casa de Francisco Sforzia, á cuyo hermano, Maximiliano, había hecho traición; y adivinando que el papa tenía intención de atacar al Milanés, aunque su tratado por este motivo con el emperador no se hubiera publicado aún, le propuso en nombre Sforzia un plan para sorprender á muchas plazas de este ducado con el socorro de los expulsos, quienes por su odio á los franceses y su afecto á sus primeros amos, estaban prontos á precipitarse en las intenciones más desesperadas. Leon no se dió por satisfecho con animar este proyecto; adelantó una suma considerable para ejecutarlo: mas habiéndose malogrado por accidentes imprevistos, permitió á los desterrados, que se habían juntado en cuerpos, retirarse á Reggio, ciudad que pertenecía entonces á la Iglesia. El mariscal de Foix, que mandaba en Milan en ausencia de su hermano, seducido por la esperanza de envolver como en una red á todos los enemigos declarados de su amo en este ducado, se aventuró á entrar en territorio de la Iglesia,

y embistió á Reggio. Mas la vigilancia y valerosa conducta de Guicciardini célebre historiador, jefe de la plaza, obligaron al general francés á abandonar su empresa de un modo poco honroso. Leon se alegró de esta nueva, que le suministraba un pretexto decente de romper con la Francia: congregó sin pérdida de tiempo al consistorio de los cardenales, quejose amargamente de las hostilidades del rey de Francia, ensalzó mucho el celo que el emperador manifestaba por la Iglesia, y del que acababa de dar una prueba reciente y señalada de su conducta contra Lutero, declaró que la necesidad de su propia defensa le forzaba á unir sus armas á las de Carlos, y que éste era el medio de proveer á la seguridad de los estados eclesiásticos. Con esta mira, fingió concluir entonces con D. Juan Manuel el mismo tratado que estaba firmado desde muchos meses, y excomulgó públicamente á Foix, como á un usurpador impío del patrimonio de S. Pedro.

Leon había comenzado ya sus preparativos de guerra, tomando á su sueldo un cuerpo respetable de suizos; mas las tropas imperiales estaban tan lentas para venir de Nápoles y de Alemania, que corría ya la mitad del otoño antes que ellas hubiesen salido á campaña. Las mandaba Próspero Colonna, el más hábil general italiano; su larga experiencia y consumada circunspección le hacían el hombre más adecuado para oponerse á la impetuosidad francesa. En el intervalo, Foix despachó al rey de Francia un correo tras de otro para informarle del peligro que le amenazaba. Francisco, que tenía una parte de sus tropas ocupadas en los Países-Bajos, que juntaba la otra en las fronteras de España, y que no aguardaba un ataque tan repentino en Italia, envió embajadores á los suizos sus aliados, pidiéndoles otro cuerpo de tropas, y dió orden á Lautrec de trasladarse en posta á su gobierno. Este general, que conocía la negligencia y despilfarro de la administración de la hacienda real, habiendo visto además cuanto las tropas habían sufrido ya en el Milanés por falta de paga, rehusó partir si no se le entregaba una cantidad de trescientos mil escudos. El rey, Luisa de Saboya, su madre y Semblanzay, superintendente de rentas, le



prometieron con juramento que encontraría á su arribo á Milan remesas de dinero equivalentes á la cantidad que pedía. Lautrec se puso en camino con tal promesa. Por desgracia de la Francia, Luisa, que, con un carácter pérfido, vengativo, codicioso, y capaz de sacrificarlo todo á sus pasiones, había tomado sobre su hijo un ascendiente absoluto por su ternura materna, por su cuidado en educarlo, y por sus extraordinarios talentos, estaba muy resuelta á no cumplir su palabra. Lautrec había incurrido en su desgracia por su altivez, por su poca esmero en hacerla se corte, y por su libertad en hablar de sus aventuras galantes. Para vengarse y privarle del honor que hubiera podido adquirir defendiendo con feliz éxito al Milanés, esta princesa se apoderó de los trescientos mil escudos destinados á este objeto y los guardó para su uso.

Lautrec, aunque privado de un recurso tan necesario, encontró todavía medios de juntar un ejército bastante respetable, si que mucho ménos numeroso que el de los aliados. Adoptó el plan de defensa más conveniente á su posición, evitando con el mayor conato una batalla campal inquietando sin descanso á los enemigos con sus tropas ligeras, sorprendiéndoles sus cuarteles, interceptando sus convoyes, y cubriendo ó socorriendo todas las plazas que intentaban embestir. Con esta conducta prudente, no sólo retardó los progresos de los imperiales, sino que aun hubiera cansado bien pronto al papa, que había sostenido hasta entonces casi todos los gastos de la guerra, y al mismo emperador, cuyas rentas de España se habían disipado durante las turbulencias de este reino, y que se veía obligado á costear la manutención de un grueso ejército en los Países-Bajos; mas un accidente imprevisto descubrió todas sus medidas, y ocasionó una mudanza fatal en los negocios de Francisco. Se hallaba en su ejército una división de doce mil suizos, que servían en las banderas de la república, entonces aliada de Francia. Según una ley establecida por los cantones, y no ménos conforme á la política que á la humanidad, sus soldados no podían entrar con la sanción de la autoridad pública al servicio de dos po-

tencias en guerra actualmente. El amor de la ganancia había aludido á veces esta ley, y sufríase que algunos particulares se alistaran al servicio de los dos partidos que más gustaran; esto no era, sin embargo, bajo las banderas de la república, sino solamente bajo las de ciertos oficiales.

El cardenal de Sion, que conservaba siempre su crédito entre sus conciudadanos y su odio contra la Francia, había obtenido permiso de reclutar 12.000 suizos, destinados á unirse al ejército de los aliados. Los cantones, viendo un número tan considerable de sus soldados marchar bajo los estandartes de naciones enemigas y prontos á destruirse unos á otros, nocieron el oprobio de que iban á cubrirse y la pérdida que se exponían á padecer. Despacharon correos á sus soldados con orden de abandonar á los dos ejércitos y de regresar á su patria. El cardenal de Sion, tuvo habilidad de romper á los mensajeros que llevaban la orden á los suizos del ejército aliado, y estorbó por este medio que les llegara; mas esta orden se hizo saber con toda formalidad á los suizos del campo enemigo, que, fatigados de una larga campaña y murmurando desde tiempo atrás de que no recibían su paga, obedecieron sin demora á pesar de las vivas representaciones y ruegos de Lautrec. El general francés, viendo se abandonado de un cuerpo que hacia la principal fuerza de su ejército, no se atrevió ya á hacer frente á los confederados; volvió á Milan, sentó sus campamentos en las márgenes del Adda, y no encontró más arbitrio que el de impedir al enemigo el paso del río; mas este medio de defensa es tan débil é incierto que se encuentran pocos ejemplares en que se haya empleado con suceso contra un general hábil y experimentado. Por lo cual, Colonna atravesó el Adda con muy poca pérdida, á pesar de toda la vigilancia y actividad de Lautrec, quien se vió obligado á encerrarse en los muros de Milan.

Los confederados se dispusieron á sitiar esta plaza. Un incógnito, que jamás ha osado aparecer ni para alabarse de este servicio, ni para reclamar su precio, vino de la ciudad á advertir á Moron que si el ejército se aproxima-



maba á los muros durante la noche, la facción gibelina, ó de los imperiales, le abriría una de las puertas. Colonna, aunque enemigo de las empresas temerarias, hizo avanzar al marqués de Pescara con la infantería española, y le siguió con el resto del ejército. A la entrada de la noche, Pescara llegó cerca de la puerta Romana, en los arrabales, y sorprendió á los soldados que se hallaban en ella. Los que estaban apostados en las fortificaciones inmediatas volvieron la espalda al instante. El marqués ocupó los puestos á medida que los abandonaban, y marchando siempre adelante con tanta precaución como vigor, se encontró dueño de la ciudad sin haber derramado mucha sangre, ni casi encontrado resistencia. Los vencedores no se aturdieron ménos que los vencidos de la facilidad y éxito de esta empresa. Lautrec se retiró precipitadamente á territorio de Venecia con las reliquias de su ejército; las ciudades del Milanés siguieron la suerte de la capital y se rindieron á los aliados. Parma y Plasencia se encontraron reunidas á los estados de la Iglesia, y de todas las conquistas de los franceses en la Lombardia, no les quedó más que la ciudad de Cremona, el castillo de Milán y cierto número de fuertes poco considerables.

Con la noticia de esta rápida serie de victorias, Leon experimentó arrebatos de gozo tan violentos, que si se ha de creer á los historiadores franceses, le asaltó una fiebre, la que, despreciándose á los principios, fué fatal y le condujo al sepulcro el 2 de Diciembre, cuando se hallaba aún en el vigor de su edad, y que se veía colmado de gloria. Este accidente inopinado rompió la unión de los confederados y suspendió sus operaciones. Los cardenales de Sion y de Médicis dejaron el ejército para asistir al cónclave: los suizos fueron llamados por sus superiores; algunas otras tropas mercenarias desbandaron por falta de paga, y no quedaron para defender al milanés sino los españoles y algunos soldados alemanes al servicio del emperador. La ocasion era favorable á Lautrec; pero encontrándose sin dinero y sin hombres, no se hallaba en estado de sacar toda la ventaja que habria deseado. La vigilancia de Moron y la prudente conducta de Colonna des-

contentaron algunas débiles intenciones que hizo contra el Milanés; probó sobre Parma un ataque más serio y vigoroso, pero se frustró igualmente por la habilidad y valor de Guicciardini.

La discordia se introdujo en el cónclave, que siguió á la muerte de Leon X; se echó mano de todos los artificios que pueden imaginar hombres envejecidos en la intriga, cuando se disputan un objeto tan precioso como la tiara. Apenas se hizo mencion del nombre de Wolsey, no obstante las bellas promesas que le habia hecho el emperador de apoyar sus pretensiones, y que el cardenal tuvo cuidado de traerle á la memoria en esta ocasion. El cardenal Julio de Médicis, sobrino de Leon, el más distinguido de todos los miembros del sacro colegio por sus talentos, riquezas y experiencia en las negociaciones importantes, se habia asegurado ya hasta quince votos, número que, segun las formas del cónclave, bastaba para excluir á cualquiera otro candidato, mas que no era suficiente para consumir su eleccion. Todos los cardenales viejos se ligaron contra él sin unirse en favor de nadie. Mientras que estas facciones diferentes se esforzaban á ganarse, á corromperse ó á fatigarse mutuamente, Médicis y sus partidarios fueron una mañana al escrutinio que se hacia diariamente segun uso, y votaron al cardenal Adriano de Utrecht, que gobernaba entónces la España en nombre del emperador. Su fin, dándole sus sufragios, era ganar tiempo; mas el partido contrario, habiéndose reunido á ellos inmediatamente, vieron con singular admiracion suya y de toda la Europa á un extranjero, desconocido á Italia y á los mismos que le habian dado sus votos, ignorando enteramente las costumbres del pueblo y los intereses del Estado, cuyo gobierno se le conferia, subir por una eleccion unánime al trono papal en la coyuntura más delicada y crítica, y que habria pedido toda la sagacidad y experiencia del más hábil prelado de todo el sacro colegio. Los cardenales, incapaces ellos mismos de explicar los motivos de esta extraña eleccion, la que, cuando salieron del cónclave en procesion, les atrajo los insultos y maldiciones del pueblo, la atribuian á la inspiracion



inmediata del Espiritu Santo. Es más seguro achacarla á la influencia de D. Juan Manuel, que supo por su maña é intrigas facilitar la eleccion de un sujeto dedicado al servicio de su amo, por reconocimiento, por interés y por inclinacion.

La promocion de Adriano, aumentando el crédito de Carlos, comunicó nuevo esplendor á su gobierno. Era prueba extraordinaria de poder y de magnificencia proporcionar á sus preceptos una hermosa recompensa, y colocar en el trono de la Iglesia á un hombre que le debia su elevacion. Francisco vió con toda la envidia de un rival la superioridad que Carlos ganaba sobre él, y resolvió hacer nuevos esfuerzos para arrancarle de las manos sus últimas conquistas en Italia. Los suizos, para reparar de algun modo la especie de afrenta que habian hecho al rey de Francia, retirando sus tropas de su ejército, accion que habia acarreado la pérdida del Milanés, le permitieron reclutar 10.000 hombres en su país. Además de este refuerzo Lautrec recibió del rey una pequeña cantidad de dinero, que le colocó en situacion de sostener la campaña; y despues de haber sorprendido ó ganado á viva fuerza muchas plazas del Milanés se avanzó hasta á algunas millas de la capital. El ejército aliado no se hallaba en estado de atajar sus progresos; Moron, por sus artificios, y declamaciones populares de un fanático fraile á quien él dirigia, consiguió inspirar á los habitantes de Milán el celo más violento contra el gobierno francés, hasta el punto de determinarlos á suministrar subsidios extraordinarios. Mas á pesar de este socorro, Colonna se habria visto forzado bien pronto á abandonar el puesto ventajoso que habia tomado cerca de Bicoque, para acampar allí, y á despedir á sus tropas por falta de dinero, si los suizos que estaban al servicio de Francia no le hubieran sacado segunda vez del estrecho.

La insolencia y caprichos de esta nacion fueron muchas veces tan funestos á sus amigos, como su valor y disciplina eran formidables á sus enemigos. Hacia muchos meses que los suizos servian sin recibir paga, y comenzaban á quejarse altamente. Se habia enviado de

Francia con escolta de caballería una cantidad destinada para este uso; pero Moron, á cuya vigilancia nada se escapaba, habia apostado tropas en el camino de este convoy tan ventajosamente, que los soldados de caballería que lo escoltaban no se atrevieron á pasar adelante. Los suizos, al saber esta noticia, perdieron la paciencia; oficiales y soldados, todos se agolparon alrededor de Lautrec, y le amenazaron unánimemente con retirarse en el mismo instante, si no queria adelantar el sueldo que se les debia, ó prometerles llevarles al combate al dia siguiente. En vano Lautrec les representó por un lado la imposibilidad en que estaba de anticiparles dinero; por otro, el riesgo de dar una batalla, á la que seguiria infaliblemente una derrota completa, atendida la fuerza del campo enemigo, á quien la naturaleza y el arte habian hecho casi inaccesible. Los suizos, sordos á las voces de la razon, y persuadidos de que su valor bastaba para sobrepujar todos los estorbos, renovaron sus demandas con tono más urgente, y se ofrecieron á formar ellos mismos la vanguardia, y principiar el ataque. Viendo Lautrec que no podia vencer su obstinacion, se rindió á sus instancias, esperanzado de que tal vez uno de aquellos accidentes imprevistos, que deciden á veces de la suerte de los combates, podria coronar esta empresa temeraria por un éxito que que no tenia fundamento para esperar; conocia fuera de eso que una derrota no podia serle más fatal que la retirada de un cuerpo, que componia la mitad de su ejército.

Al dia siguiente por la mañana, los suizos estaban los primeros en el campo de batalla, y marcharon con la mayor intrepidez al campamento de un enemigo que estaba atrincherado por todas partes, rodeado de artillería y bien aparejado á recibirlos. Sostuvieron en su marcha con la mayor firmeza un cañoneo sangriento, y sin aguardar la llegada de su artillería se precipitaron con impetuosidad sobre las trincheras: mas despues de haber hecho esfuerzos increíbles de valor, sostenidos de veras por los franceses, perdieron sus más bizarros oficiales y sus más selectas tropas. Viendo que no podian romper el campo enemigo, tocaron